

AÑO IX.

NÚMERO 387

APARECE LOS SABADOS

DIRECCIÓN: ALSINA 2880, Depto. 18.

SUSCRIPCIÓN MENSUAL

República Argentina \$ 0.50 m/n.
Exterior \$ 0.25 oro.

Buenos Aires, Junio 20

de 1914

Por la Concentración y contra los malos pastores

La situación general de los sindicatos del país, no puede considerarse muy honrosa. Salvo contadas excepciones, los gremios no ofrecen grandes núcleos de obreros organizados, pues la crisis y otros factores complejos, causa del fenómeno, han contribuido a diezmarlos. La estructura sindical, en ocasiones, se conserva en algunos puntos merced a la indestructible convicción y energía que reside en ciertos almas que han hecho una idealidad superior de la propaganda del sindicalismo; y, tal vez, la exclusiva preocupación de su existencia. A éstos se debe en gran parte, el que una obstinada reprensión burguesa, y una propaganda insidiosa y de descrédito, no haya podido impresionar profundamente al sentimiento proletario, y que la organización, si bien disminuida en el número, haya logrado conservar su inspiración revolucionaria, a través de muy adversas circunstancias y momentos.

Estos accidentes, de índole eventual que han molestado el crecimiento de la acción obrera, deteniéndola, y hasta regresándola; y que han modificado sensiblemente muchos aspectos de la propaganda, merecen un especial interés, una atención inteligente, al objeto de esclarecerlos, de parte de los trabajadores organizados.

Un hecho, sobre todo, es de señalar: El éxito parcial de la opresión gubernativa no es más que el fruto natural de la disociación de los esfuerzos, del estado de aislamiento o impreparación en que ha venido debatiéndose el proletariado regional en los últimos años. No existe la menor duda de que si la unificación, buena inteligencia o concentración de los sindicatos del país hubiera podido presentar en toda su extensión sólidas y compactas organizaciones, desarrollando hábil y energicamente un plan de defensa o de ataque, ideado y actuado de acuerdo con los recursos disponibles, y el estado de ánimo colectivo, en las actuales circunstancias el proletariado contemplaría lleno de satisfacción merecida una obra auguradora de mayores y más decisivos triunfos.

Es indudable que las discusiones doctrinarias, que enmarcan reales y efectivos intereses de grupo sin idealidad superior alguna, han contribuido y contribuyen enormemente a dificultar la enorme tarea de la concordia obrera.

Pero estos obstáculos tienen que ceder a su tiempo, fatal e inevitablemente. Aproximar este momento feliz para el porvenir de la causa proletaria, deben converger los esfuerzos bien intencionados. Hay que insistir en que la unidad material y orgánica de la clase tienda a realizarse en la forma adecuada a las circunstancias, a las posibilidades de realización que existan.

Es necesario orientar la obra en ese sentido. Si no fusiono, sea a lo menos la concentración, que significa acrecentamiento de fuerzas, y promesa de triunfos. Es artificiosa la afirmación que se hace de que siempre el principio y el sentimiento de la solidaridad, aunque disperso y fragmentario, ha surgido en la hora necesaria del peligro común, para expresarse espontáneamente. La verdad es distinta e ingratu: nunca la acción del proletariado pudo alcanzar la plenitud de su esfuerzo debido a divergencias insuperables que hicieron fracasar la necesaria unidad de la acción requerida por las circunstancias.

Se impone la construcción material de la clase en el vínculo confederativo, que es el único capaz de fomentar el sentimiento de solidaridad y colaboración revolucionaria, inspirándose en el convencimiento de una inevitable unidad, que debe ser alcanzada en una etapa de su desarrollo como clase revolucionaria. El proletariado debe interesarse en apresurarse, cooperando inteligentemente a facilitar su cumplimiento, desahogando todos los obstáculos morales y materiales, que se erigen natural o artificialmente en su camino.

Y no hay que olvidar: el estado de quebrantamiento que nos aqueja, es fruto de la intemperancia y de la intemperancia de ciertos individuos prevalentes en el proletariado, que van por fortuna perdiendo gradual pero seguramente todo prestigio. Son falsos servidores de la causa obrera, cuyas convicciones no tienen senas ni lógica alguna, y, que con un desmoronado concepto de su personalidad, se oponen a la concordia, desviando a la masa, que se inspira claramente en sus intereses efectivos y que se sellaría para siempre en un abrazo fraternal todo el pasado de distanciamiento.

Semana inglesa sospechosa

Hoy está a la orden del día en el proletariado internacional el período de trabajo llamado «semana inglesa»; parece ser que esta denominación sólo obedece al hábito de los obreros ingleses de cesar sus labores semanales al mediodía del sábado, sea cual fuera la jornada diaria; que en Inglaterra, como en casi todos los países, no está aún uniformada para todo el proletariado en general.

Pero la causa de que en todas partes planteen este asunto los obreros, está bien precisado, y ella es la disminución de la suma de horas que se trabajan durante la semana. Así, por ejemplo, en Francia, que por lo general es de cincuenta y cuatro, introduciéndose el modo inglés queda reducida a cuarenta y nueve horas y media; no obstante existir en Inglaterra gremios que, sin contar el medio día no trabajado del sábado, suman su trabajo semanal en cincuenta y dos horas.

Aquí, en Buenos Aires, los gremios más batalladores, agitan también esta iniciativa desde hace algún tiempo, principalmente con el laudable propósito de aminorar los terribles efectos de la crisis en que, por el desorden en la producción y las especulaciones que son las características del capitalismo, las clases privilegiadas han acarreado a la economía argentina, que viene a agravarse a la honda perturbación que ya sufre en el orden universal.

Nuestro proletariado no puede esperar de esta iniciativa más que felices resultados. Ella será llevada al terreno de los hechos, indudablemente, por aquellas gremios en los cuales el espíritu de clase es más perfecto y depurado de taras sectarias, llevando un severo aleccionamiento a los que se debaten en la impotencia bajo el peso de los prejuicios arraigados, a los que se llaman filósofos algunos y otros científicos o políticos.

Todos los obreros sabemos los sacrificios que cuesta la consecución de una conciencia más elevada para el mejoramiento de nuestras condiciones materiales, siempre haré ruines por ciertos; y de esto se infiere lo dolor del empeño que han de acometer los pioneros de la semana inglesa entre nosotros y los enormes obstáculos a vencer que ha de oponerles el patronato con la tenacidad de siempre.

Sin embargo, es duro consignarlo, pero en este momento una rama del mismo proletariado amenaza poner estorbos a la conquista de la semana inglesa, como ella debe entenderse rectamente. Nos referimos al gremio gráfico y la llamamos amenaza en el supuesto de que su sindicato aprobara un proyecto de petición a sus patronos formulado por una comisión «ad-hoc» que, con objeto de presentar a la asamblea gremial proposiciones respecto a un convenio entre los obreros gráficos y sus explotadores inmediatos, fué nombrada directamente por su mesa administrativa.

Puntualizamos expreso este modo irregular de designación de comisiones, que jamás puede ser autorizado en un sindicato gremial seriamente constituido; pero aun más en este caso particular, en que por sus resultados se evidencia que había un designio anticipado de parte de sus dirigentes para que así se efectuara, apoyándose en la indolencia habitual de los miembros de este sindicato, que hace posibles y fáciles todas las sorpresas, y los procedimientos viciosos.

Esta comisión especial, entre otras proposiciones, que no interesan directamente a la clase, presentó una que debe llamarnos la atención por el mal precedente que sentaría en caso de ser aceptada. Ella es una semana inglesa «sui-generis», que no trae ninguna resta a la suma de horas de trabajo semanales, sino un aumento en la jornada diaria que compense al patrón por las horas que no se trabajaron el día sábado. ¿Qué beneficio reportaría esto al gremio? Nos preguntamos maravillados de la peregrina proposición; porque la que los interesados aducen es enteramente infundada y no puede tenerse en cuenta, cual es la de que en el futuro será fácil al gremio obligar al patronato a restar de la jornada diaria la hora de todo el sábado sin sustraer la agregación de tiempo hecha en los otros días, pues esto les estaría indicado por la pasividad de unos obreros que tan dócilmente se prestan hoy a alargar la jornada de ocho horas tan arduamente conseguida.

Todo esto no puede concebirse sino dentro de un propósito condenable de perjudicar a la clase trabajadora, y no podemos menos de llamar la atención del gremio gráfico sobre tan sospechosa proposición. Este sufre, como todos, una grave crisis de desocupación, y todo lo que en su favor se le ocurre a la comisión administrativa del sindicato de gráficos en su favor, es alargar la jornada en aquellos días en los cuales, precisamente, los patronos expresan la necesidad de fuerza de trabajo, de lo cual se infiere que en vez de disminuir, habría una probabilidad de aumento artificial de desocupados.

En estos términos es como está planteado el problema de esta espiciosa semana inglesa que la asamblea de la Federación O. Bonaerense debe solucionar en la próxima asamblea a que ha de ser convocada, y esperamos tener en ella cordura y no se deje inducir al mal camino.

Quisiéramos terminar, pero la gravedad del caso requiere que exponamos todo nuestro pensamiento sobre las ulterioridades que una mala decisión sobre este punto puede determinar. No miramos la organización de los sindicatos obreros desde ningún punto de vista tendencioso ajeno a la clase obrera — en esto precisamente nos distinguimos

los sindicalistas, — y aunque sabemos que la Federación O. Bonaerense, en la actualidad, no está exenta de los manoseos políticos de quienes inspiran las acciones de sus dirigentes, sólo lo atribuímos a la indolencia que hoy abate la masa de sus asociados, y tenemos la más completa seguridad de que ella no será eterna, y nos interesamos en que ese síndico permanezca y adquiera fuerzas; pero si ante un grave error — no queremos llamarlo de otro modo, — como al que en este instante está acusado, optara por mantenerlo, su derribo sería inevitable; pues consideramos que no sólo el gremio, sino gran parte de sus propios afiliados, condenarían una institución que tan poco en cuenta tuviera los intereses genuinos de la clase y de su gremio.

No creemos que los propósitos de la comisión administrativa del sindicato, aun cuando éste los aprobara, llegarán a realizarse, porque el gremio los resistiría en los talleres, pero de esto sobrevendría una mayor división en aquel y una nueva causa de desorganización, lo que sería una acción sindical diametralmente opuesta a su natural esencia.

Y pensamos que el gremio procedería de aquel modo, porque su propio instinto le indicaría que al someterse a esta resolución que tratan, traicionaría a la clase obrera; la traicionaría en la jornada que tiene conquistada y la traicionaría en la que tiene el deber de conquistar.

(*) Desistimos la comisión administrativa, porque ella designó directamente a los miembros de la comisión «ad-hoc», y es natural que ellos respondieran a sus inspiraciones, o viceversa, lo que se igual.

La autoridad de competencia

La autoridad de mando

Cuando los políticos socialistas y no socialistas se dignan discutir la concepción sindicalista, la deforman y muestran su comprensión. Su crítica consiste en repetir que el sindicalismo es equivalente a tiranía y a absolutismo.

Será siempre difícil a los políticos comprender la diferencia que hay entre la autoridad de competencia y la autoridad de mando. La democracia — por lo que enseña

la práctica — no es más que un colosal escamoteo, puesto que hombres sin competencia han usurpado la autoridad de mando adulando a las masas. La política democrática ha sido uno de los reemplazantes, un sustituto moderno de la religión. Toda la prosa de los «Derechos del Hombre» es una teología tan oscura como la teología católica y favorece maravillosamente el reinado de los charlatanes. De noche todos los gatos son pardos.

Se hace creer al buen pueblo que es libre. Prueba. Es que vota, y de los votos se desprende la «voluntad general». Los electos no tienen más que obedecer. Mandato imperativo! Que elástico es ese mandato! El pueblo no entiende ni jota de esa metafísica política y es muy fácil hacerle creer cualquier cosa, encabecando siempre toda manifestación con las grandes palabras de siempre: Justicia, Verdad, Progreso, Solidaridad, Fraternidad. ¿Cómo controlar? Debe tener confianza en sus elegidos. ¿Qué no comprende de lo que se trata? Mejor. ¡Ha de ser algo muy hermoso y profundo!

El socialismo ha hecho política y es por eso que muere. Tiene una teología tan oscura como cualquier otra teología religiosa, con una casuística tan sutil como la de los jesuitas. Y ha sido necesario que el pueblo obrero se entregara a las sutilezas de politiqueros, metafísicos y retóricos que tratan de imponer el alcance de esa acción democrática.

Y ahora los sindicalistas le hablan de un modo simple y claro sobre cosas que conoce muy bien.

La lucha de clases deja de ser una abstracción, el socialismo comienza a ser una acción. No había sido más que una ideología. La agrupación sindical corresponde a una realidad económica profunda. En ella no hay como en la agrupación política simples afinidades intelectuales y el acuerdo frágil de un «credo» oscuro. Hay afinidades positivas, que reposan sobre intereses comunes muy tangibles. La separación entre intelectuales y manuales, entre educadores y educados, entre dirigentes y dirigidos, desaparece. En el sindicato obrero hay camaradas que se imponen por su competencia y que, sin ejercer autoridad de mando, tan sólo por el prestigio moral ejercido a propósito de cosas claras e inteligibles, por su propia fuerza, imponen la onda revolucionaria y a impulsar a la masa obrera. Esa es la tiranía sindical!

E. BERTHE.

En vísperas del Congreso de Concentración

DESOCUPACIÓN Y CARESTÍA DE LA VIDA

¿Que medio debe adoptar la clase trabajadora frente a la creciente desocupación y carestía de la vida?

Este problema de palpitante y dolorosa actualidad que plantea el sindicato de Herrerías de la capital al próximo congreso confederal, es digno de ser estudiado concienzudamente por los delegados obreros, puesto que de su exacta interpretación depende la orientación de la acción práctica.

El fenómeno de la carestía y desocupación es embrollado intencionalmente por economistas y políticos — ambos al servicio del capitalismo — con el propósito confesado pero evidente de extraviar la acción obrera; y contra esa obra sofística, el congreso confederal puede ser de gran utilidad, si al estudiar este problema, se libra de los sofismas monetarios y aducen para indicar a los trabajadores la causa real de ese fenómeno, que no es otra que el régimen de producción capitalista, y precisa con claridad la importancia que, para la atenuación de los efectos dolorosos del flagelo, tiene la intensificación de la acción sindical.

Prende explicar el fenómeno de la carestía, por la mayor productividad de oro como sostienen muchos economistas y últimamente el Dr. Justo, entre nosotros, en el informe que sobre este asunto presenta al próximo congreso socialista. Interesa que debe efectuarse en Viena, nos parece que es incurrir en una lamentable confusión, que Marx puso de manifiesto en su Crítica de la Economía Política, al censurar la teoría de James Mill y J. B. Say sobre el pretendido equilibrio de las compras y ventas.

Aquiles Lora, poco tiempo ha, hablando de la carestía, en un artículo publicado en «La Stampa», de Turin, intentaba explicárnosla diciendo que el 1890 se había producido por valor de 616 millones de francos, mientras que diez y ocho años más tarde, 1908, esa producción se elevó a 2354 millones de francos, lo que significaba un aumento del 21 por ciento.

La superficialidad de esta explicación monetaria es fácil de demostrar. Si ella fuera exacta, en vez de cresta propiamente dicha, tendríamos una simple alteración de

términos. Lo que en un tiempo ha valido 2 perdiendo el oro, por ejemplo, la mitad de su valor, hoy valdría 4. Y como los salarios — igual que cualquier otra mercancía, están supeditados a idénticas leyes económicas, en este caso tendrían que haber experimentado una elevación igual a la que han tenido los artículos de consumo.

Además, la desvalorización del oro está lejos de ser una verdad demostrada, como lo comprueba el aumento de la tasa de interés y la desvalorización de los títulos públicos.

En cambio, si la explicación de los economistas oficiales fuera exacta, el interés de los capitales tendrían que haber experimentado un descenso, los títulos debían haber aumentado; en una palabra, el dinero debería abundar y es precisamente todo lo contrario lo que sucede.

Pero la explicación monetaria es a todas luces falsa e insuficiente. Los economistas comprenden perfectamente la puerilidad de esa explicación, más como a ellos no les guía un fin desinteresado, sino todo lo contrario, recurren a esa explicación para justificar la actitud de sus amos; para librar a los capitalistas del crimen de la miseria.

Con la divulgación de ese sofisma. Los capitalistas quedan exentos de toda responsabilidad. La causa de la creciente miseria, para los trabajadores — no es otra cosa, en último análisis la carestía — no está en la desenfrenada explotación burguesa, sino en la mayor productividad de oro...

Con este criterio, el aumento de la delincuencia — por ejemplo — se explicaría por el aumento de «garrotes, cuchillos, revolveres, etc.

Y es algo verdaderamente curioso y sorprendente, ver al doctor Justo, traductor de la obra fundamental de Carlos Marx, compartir en el informe publicado en «La Vanguardia», fecha 13 de junio, el sofisma de los economistas burgueses, al afirmar que «si la metalurgia del oro progresa más que la técnica en general, no estaremos cubiertos de nuevos desequilibrios, por cuanto Marx ha puesto de manifiesto la superficialidad de esa explicación.

En su Crítica de la Economía Política, Marx nos dice con toda claridad que el antagonismo entre la mercancía y la mo-

neda constituye la forma abstracta y general de todas las contradicciones contenidas en el trabajo burgués. La circulación del dinero — agrega — puede, pues, realizarse sin crisis, pero la crisis no puede realizarse sin circulación monetaria. Esto solamente «significa que allí donde el trabajo, base aún del trueque, no ha llegado aún a constituir la moneda, es natural que no se produzcan aquellos fenómenos que suponen el desarrollo completo del proceso de producción burguesa». Desde entonces se puede, pues, juzgar de la profundidad de la crítica, que quiere destruir el «privilegio» — Marx es quien subraya — de los metales preciosos, y prescindir por un sistema monetario «racional» de los inconvenientes de la producción burguesa». (Crítica de Economía Política, páginas 95 y 96, de la traducción castellana).

Al sofisma monetario como determinante de las crisis (que como demuestra Marx está basado en una mala interpretación) hay que agregar otro no menos absurdo y mucho más vulgarizado por el abuso que hacen de él los periodistas: El aumento de los salarios.

Los diarios — fiel reflejo de los sentimientos capitalistas — han divulgado esa tesis, especialmente en los momentos de agitaciones obreras, y, no obstante su evidente falta de lógica, ha hallado general aceptación, hasta el extremo de que hoy puede considerarse un verdadero prejuicio popular. Periodistas y oradores socialistas y anarquistas, la hacen suya entre nosotros. En los diarios de ambas fracciones han aparecido muchísimas publicaciones en ese sentido.

En la última campaña electoral, una gran parte de la oratoria socialista giró alrededor del asunto.

Para evidenciar lo absurdo de esta tesis basta hacer la siguiente reflexión: el aumento de los precios es de una proporción mayor que el aumento de salario. Y si el determinante de la elevación de los precios fuera el aumento de los salarios, tendríamos que, obrando cuerdamente, los capitalistas, en lugar de resistir las reclamaciones obreras, deberían tender a aumentar constantemente los salarios, y las organizaciones sindicales, en vez de ir a la huelga para reclamar un salario cada vez más alto, deberían hacerlo para que les fuera rebajado... No a admitir que los capitalistas luchan y se sacrifican por la felicidad de los obreros, y que éstos, a su vez, inutilizándolos en el procedimiento, se organizan para buscar la felicidad de los burgueses.

Pues, según una estadística publicada por el «Reichsarbeitsblatt», elaborada por la oficina del trabajo del Reino Unido, se ve que, mientras los precios de los artículos del consumo popular, del año 1899 a 1907 experimentaron un aumento (al por mayor) de 14.5 por ciento, los salarios de los obreros sindicados, en término medio, sólo aumentaron de 6.7 por ciento. En Alemania, si bien en menor proporción, se observa idéntico contraste: el precio de los artículos aumenta en proporción mayor al salario.

Entre nosotros, es inútil toda insistencia, porque es del dominio público que al enriquecimiento de los artículos de primera necesidad, como ser, pan, carne, etc., no ha intervenido en absoluto el aumento de los salarios.

Tampoco puede atribuirse al régimen fiscal y a los gravámenes aduaneros, porque el fenómeno de la carestía y de la desocupación es de un carácter universal, pues, sus dolorosas consecuencias se sienten en Inglaterra, viejo país libre cambiista, como en Alemania, Italia y otros países proteccionistas. Además, debemos tener en cuenta que el enriquecimiento de los artículos, no es exclusivamente de los que se encuentran bajo la protección aduanera, sino de todos sin excepción, puesto que hasta el dinero encarece como lo prueba la elevación de la tasa de interés y la desvalorización de los títulos públicos.

Para una exacta comprensión del problema, debemos tener en cuenta, además, que la carestía y la desocupación no afecta indistintamente y por igual a las diversas clases sociales. Los capitalistas y tenedientes, obtienen cada día un mayor beneficio. Los capitales se multiplican vertiginosamente. El antagonismo de clase y la duplicidad de las actuales relaciones económicas que, al decir de Marx, en la misma relación que produce riqueza, produce, también miseria, se revela en toda su claridad en los momentos de crisis.

Y la revelación de este íntimo contraste social que las crisis acentúan, es lo único que los revolucionarios tenemos que agradecer y de lo que, obrando inteligentemente, puede sacarse partido.

Es preciso aprovechar estas circunstancias, para no ponerse en ridículo como nuestros anarquistas antilegalitarios y anti-

estales, que en un manifiesto últimamente publicado censuraban al Estado por no haber improvisado industrias y creado así los para que los desocupados pudiesen comer y dormir gratuitamente, con lo que los revolucionarios vendrían a substituir en sus funciones a las hermanas de caridad, tampoco pueden o deben aprovecharse estas circunstancias para conquistarse una banca parlamentaria y engañando miserablemente la inocencia e ignorancia proletaria con falsas promesas de reformas fantásticas e irreales; es preciso en estos momentos, repetimos, exponer ante los ojos de los trabajadores las causas reales de las crisis—producto natural del actual régimen de producción capitalista— a fin de que se comprometan de la necesidad de una acción cada vez más vasta e intensa y comprendan su misión revolucionaria y transformadora.

En cuanto a la acción inmediata que conviene desarrollar para atenuar en lo posible los efectos de la carestía y de la desocupación, nos parece que el congreso puede hacer igualmente otra útil: la realización del propósito animador, sería, a nuestro juicio, una prueba de inteligencia y su materialización de incalculable valor práctico. Y los delegados, al realizarlo, desearán remediar en parte la situación dolorosa y afiliente, han de abandonar todo doctrinarismo, a fin de concentrar las dispersas fuerzas sindicales. De la concentración de esas fuerzas puede surgir y surgir, sin duda, una justificación de la acción sindical que podría atenuar los efectos de la crisis, imponiendo a los capitalistas una mayor remuneración de la mano de obra y una reducción de las horas de trabajo, medida única para remediar los actuales males que pueden adoptar en la actualidad los trabajadores, y que el mismo doctor Justo se vio obligado a reconocer su eficacia en su informe mencionado.

A esta obra, los trabajadores pueden dedicar todos sus esfuerzos sin temor de ninguna naturaleza. La intensificación de las luchas sindicales, es el medio más efectivo para contrarrestar los efectos de las crisis, ya que, como hemos visto, el aumento de los salarios ni la disminución de las horas de trabajo constituyen los determinantes de las crisis, y no pueden, bajo ninguna condición, agravar la situación. Porque el alza y la baja del beneficio y de los salarios—dice Marx en su célebre refutación a Proudhon—sólo expresan la proporción en que los capitalistas y los trabajadores participan del producto de una jornada de trabajo, sin influir en la mayoría de los casos en el precio del producto. Pero que las huelgas seguidas de aumento de salarios dan por resultado un encarecimiento general, son ideas que sólo pueden surgir del cerebro de un poeta que ha errado su vocación.

M. VIANONTE.

Del reconocimiento patronal

En numerosas ocasiones, hemos visto a los sindicatos empeñados en luchar largo y cretamente para imponer el reconocimiento oficial de su existencia al patronato.

No hace mucho, sólo unos diez años escasos, y si se quiere, un menos, en las reclamaciones obreras existía como de rigor la cláusula pertinente. Y es fácil recordar también que, no obstante, haberse logrado la aceptación patronal para las reivindicaciones de orden más material: acortamiento de la jornada, elevación de los salarios, régimen del aprendizaje, etc., la lucha proseguía con suerte alternada por la no obtención de ese reconocimiento.

La mayoría de los conflictos hallaban en los términos de su solución, sin embargo, el del reconocimiento patronal. Era cargo lógico, porque vencida por la fuerza de las circunstancias, la resistencia de su adversario, el sindicato imponía sin limitación alguna, el pliego de nuevas condiciones de trabajo, y de hecho, con la exigida firma al pie del petitório, el patrón, derrotado, aceptaba la odiosa cláusula que empezaba a regir, con gran entusiasmo y expectativa de ambas partes; pero, muy especialmente, del proletariado que, por una preocupación propia, tal vez de su ineptitud, le atribuía una trascendental importancia en la preparación del futuro de su lucha.

Empero, la realidad resultaba otra. Generalmente, la organización recibía a breve intervalo de la fecha de terminación del movimiento, la denuncia de que el patrono firmante de las nuevas y mejores condiciones de trabajo tendía por todos los medios a su alcance a violar el pacto, a no aceptarlo sino cuando materialmente le era imposible burlar su cumplimiento.

De manera, pues, que el texto del compromiso que aparecía revestido casi de solemnidad y con todos los signos respetables de un contrato lícito, llevando al pie la firma del contrayente, resultaba enteramente falaz e irrisorio debido a que el patronato lo suscribía, visiblemente, con la inconfesada pero firme intención de desautorizar una vez libre de las dificultades del momento, que suscribió en toda su realidad como insuperables.

Algunos obreros, sinceros e ingenuos, sorprendidos de esta mala fe, sugirían hasta la adopción de recursos legales, o jurídicos, para obtener su pago y leal cumplimiento. Pero, luego, aleccionados más que por la frecuencia uniforme del hecho, pudieron fácilmente percatarse, no sólo del verbalismo más que saliente de la cláusula en cuestión, sino también de la intrascendencia que tal reconocimiento del sindicato por parte del patrón ofrecía para la realidad de una mejor acción proletaria.

Se comprobaba casi siempre, en los casos de violación, que ella era favorecida

o se originaba por la ausencia de un control real de los obreros interesados. Era natural que faltando una voluntad colectiva que de continuo y persistentemente ejerciera su influencia en el ánimo furibundo del industrial, la cláusula caducaba. Pero en los últimos tiempos, la ética obrera, consciente con que los trabajadores apreciaban tal reconocimiento por considerarlo vacío de sentido intelectual y de realidad, contribuyó a desoligarlo por completo de los patrones.

Los más expertos y sensatos se preguntaban: ¿hasta qué punto el patronato puede interesarse en el fiel y estricto cumplimiento de cláusulas que le han sido impuestas, por una victoria proletaria? ¿Es razonable esperar que el desarrollo del criterio y de la acción de clase, antipatronal, pueda ser estimulado por el capitalismo, cuando los intereses de éste, el porvenir y seguridad de su régimen están basados en la necesaria pasividad del proletariado, en su desorganización, en su interioridad moral y material?

En efecto; el reconocimiento de una organización que se invita en un criterio de clases—prueba la historia de nuestro movimiento, no es posible que sea cedido espontáneamente, con un sincero propósito de cumplimiento por el patronato. Es esa una aspiración irrealizable, utópica, que pudo alimentarse en la infancia del movimiento sindical, pero que, en la hora presente, constituye una simple expresión fraseológica, incapaz ya de suscitar un entusiasmo siquiera de parte de ninguna organización obrera.

Tal desconcepto es explicable. El reconocimiento patronal del sindicato, no puede efectuarse sino merced a determinados compromisos bilaterales; que comprometen en su responsabilidad a las dos partes. El patronato, por lo general, otorga su beneplácito, pero en cambio exige compensaciones; y éstas no pueden ser más que con detrimento de la libre acción de su adversario.

Se sabe bien la espontánea generosidad que es capaz en sus actos normales el capitalismo para darse una idea de la bondad de las concesiones que se halla dispuesto a otorgar en cambio de ese reconocimiento verbal y platónico.

En todos los casos de convenciones pacíficas que realiza con ciertas fracciones del proletariado, refrena la parte del león. La característica de su parlamentarismo,—por así llamarlo, en mérito de que es a raíz de una amplia deliberación que toman cuerpo de resoluciones—se caracteriza en la conducta de la de los trabajadores que entran con él en contacto, en que mientras éstos, pierden por lo general la clara noción de sus intereses, él conserva la orientación moral, y la lucidez necesaria para sacar el mayor provecho de la situación.

El capitalismo no se despoja de ningún principio; no cede una sola partícula de su privilegio; no renuncia a sus pretensiones morales ni a sus atribuciones dirigidas; por el contrario, reafirma,—mótese bien,—la justicia del régimen que sustenta, la inequidad del sistema y logra una enorme victoria, sin combatir. Por una inversión sofisticada de que hace víctimas voluntarias a ciertos elementos, que parecen dispuestos más bien a hacer juego a sus propósitos, consigue el aislamiento o la descalificación de procedimientos e idealidades de naturaleza fundamental para los trabajadores sindicalizados, e impone las más de las veces, a las organizaciones obreras, condiciones de la acción obrera; no acepta a ésta encaminada hacia una finalidad igualitaria; le exige se inspire en móviles comerciales, o en otros que no respetan la construcción social y le hace perder lenta pero inevitablemente todo lo que de grande y superior radica en la orientación moral del movimiento, cuando se alimenta en el pensamiento y en una intención anticapitalista, límpida e indivisible.

La labor del patronato se concentra cada vez más en el sentido de crear un sentimiento de concordia y armonía de clases, y, a este efecto, se sirve con preferencia de la fracción del proletariado que milita en el campo político, la cual, en el momento de concordia y armonía de los beneficios ilusorios de la reforma legal y de los éxitos electorales y parlamentarios, se presta admirablemente a facilitar la tarea.

La experiencia prueba con abundancia de ejemplos que en los sindicatos influidos por tales elementos, la práctica de los recursos directos, y las declaraciones categóricas de la intención revolucionaria, han sido o definitivamente proscriptos, o se hallan en vías de serlo, o pierden por consecuencia una interminable y obstinada detención, su antiguo y merecido prestigio.

Peró la vida, que aporta diariamente sus enseñanzas indestructibles proclamando la nulidad absoluta de esos temperamentos formalistas que implican, sin necesidad, tan grande abstracción proletaria, transparenta los propósitos burgueses, calculados, rígidos, antiprotelarios, y los manifiestan en toda hora y circunstancia de la lucha.

La acción proletaria, persiguiendo la rendición paulatina y directa de la clase no puede armonizarse con la del capitalismo, sea cualquiera la situación o aspecto que se pretenda apropiado a una circunstancia burocrática o de inteligencia. La realidad revela que no existe más que un estado de guerra latente, que va haciéndose más claro y más sensible a medida que la otra clase, una clase de beligerancia, de disposición y preparación a una guerra de eliminación que no admite conciliación ni armonías momentáneas ni duraderas.

El reconocimiento de la fuerza sindical, o del derecho que asiste a los trabajadores, es materia de imposición permanente y efectiva de parte de éstos. No se trata de establecer la realidad de ese poder creciente, en un convenio o acuerdo transitorio, con el patronato vencido o intimidado. Este no puede aceptar esa situación porque, por el contrario, que él reputa insalvables no le permiten otra actitud. No hay, ni sinceridad ni deseo alguno

de observar estrictamente una convención que lo daña, y que le ha sido impuesta. Claro está que perversará en todos los momentos en infringir el pacto, tratando de reducir a su adversario triunfante, y que lo obtendrá, lo prueba nuestra experiencia, cuando éste hubiéndose comprometido, duerma confiado en la rectitud y honestidad de su propósito de cumplir un convenio que se le ha impuesto por fuerza, o que no le conviene ni circunstancial ni definitivamente.

El proletariado, en su acción anticapitalista, debe tener un especial interés: el de convencer a sus miembros de que de su libertad de acción, y de su preparación progresiva para la lucha dependen todas sus ventajas.

FUNDAMENTO DEL SINDICALISMO

No hay duda que la organización económica de la sociedad sindicalista tendrá que tener principios de dirección y de coordinación. No podemos concebir el mecanismo de la producción funcionando ciego y desordenadamente.

El organismo económico de una empresa moderna vive mientras es una combinación de elementos productivos: capital, tierra, trabajo. En la economía capitalista, la función de combinar los elementos productivos es el organismo de la empresa es caracte-

La Huelga general de Italia

IMPORTANTE MANIFESTACIÓN DE FUERZA PROLETARIA

La extensa información telegráfica de la prensa burguesa, con motivo de la reciente huelga general en la península italiana, permite suponer que la vívida explosión proletaria de aquel país, ha sido verdaderamente imponente. La masa obrera, bajo el impulso de un profundo sentimiento de clase, y orientada por su organización sindical, ha respondido con una espontaneidad y presteza dignas de tenerse en cuenta a objeto de sacar de esa actividad las ricas y saludables enseñanzas que servirán para la acción futura de los clasistas, la función más aptos y más dispuesto a adoptar una actitud eminentemente revolucionaria contra el enemigo común: capitalismo y estado.

El proletariado italiano, que se ha levantado contra la guerra de Trípoli, por cuanto ésta reclamaba el tributo de su sangre y de su vida, y ha visto compensado su heroico esfuerzo por una fuerte represión gubernamental; ese mismo proletariado que actualmente sufre las consecuencias de aquella guerra que no había de servir más que a los intereses de banqueros, mientras él cargaba con la desocupación y la miseria más espantosa, derivada de un desastre económico general que gravita en un desastre exclusivo de la clase productora; ese mismo proletariado, que en protesta contra esa situación desastrosa, se ha visto masacrado en cien puntos de Italia,—en el breve espacio de tiempo transcurrido desde el levantamiento del pueblo italiano, que debía surgir, hacer explosión de su energía y de su odio contra el capitalismo y la autoridad, por medio de un acto cuya magnitud, la misma prensa burguesa, no duda siempre en desperdigar o atenuar la importancia de la acción obrera—no ha podido ocultar.

La huelga general de Italia, aun cuando a los criterios simples puede aparecer como el producto de los sucesos de Ancona, es por el contrario, el resultado natural de una proyección de hechos que se encadenan, acumulando en los pechos proletarios sentimientos que tarde o temprano habían de estallar, en forma ruidosa y violenta.

Nosotros, que en nuestro trabajo sindicalista, dedicamos igualmente nuestra observación y estudio al movimiento obrero internacional, esperamos de Italia proletaria un acto como el que acaba de realizar, el cual, para el mundo entero, significaría una obra del mundo entero.

A través de su prensa, cuya lectura hemos seguido con interés creciente, hemos visto la guerra de Trípoli, que domina al proletariado; la dura represión burguesa que ha seguido a todas sus agitaciones; la violenta reacción desencadenada a raíz de la campaña obrera contra la guerra colonial y de conquista, conjuntamente con la cual se acentúa y reviste con caracteres alarmantes, la miseria que la desocupación y el encarecimiento de la vida traen como premio al patriotismo del pueblo italiano.

Y declaramos que esperamos ese gesto vigoroso e imponente, porque en medio de la represión y malestar, una verdadera florecimiento de energía revolucionaria surge en el movimiento obrero de la península, al cual nuestros camaradas sindicalistas, no obstante la obra de descrédito que allí como aquí realizan nuestros adversarios de todo color, llevan principalmente, todo el contributo de sus fuerzas y entusiasmo. Y esa florecimiento de las fuerzas sindicalistas de la prensa y su vinculación se traduce en una inteligente y concentrada, constituyendo el proletariado revolucionario de Italia, hace apenas dos años, su órgano nacional y de coordinación, llamado «Unione Sindacale Italiana», que ha conseguido apenas con 50,000 adherentes, sobrepasa al año siguiente, en su segundo congreso, de los 100,000. Con el surgimiento de esta organización, se acentúa de una manera extraordinaria la desproporción, entre el proletariado de aquel país. La agitación y propaganda se extiende con vigor por todo el reino, y como es sabido, los soldados proletarios, dormidos por los toques del clarín sindicalista.

La «Unione Sindacale Italiana», que como decimos, sostiene una poderosísima campaña por el surgimiento revolucionario para librarse de la terrible situación en que lo tiene colgado la «monarquía conquista-

ristica y esencial del patrón. En la economía de las empresas capitalistas es el patrón el que vigila y dirige. La existencia del patrón capitalista hoy nos repugna, y provoca la protesta y la lucha de los obreros, aun cuando por la división de los elementos de la producción, la función del patrón, además de responder a simples exigencias técnicas es un corolario de las condiciones económicas presentes.

El patrón es siempre el capitalista que aspira a ser dueño de los recursos de los valores del trabajo, sacando de esos valores, el provecho de la empresa, después de haber reembolsado el capital y los intereses al capitalista comercial.

La explotación, que es inherente al organismo de la empresa capitalista, será eliminada por la unificación y la libre asociación de los factores productivos, con la posesión por parte de los obreros sindicados. Habrá siempre grupos de productores que necesitarán de un régimen técnico y de una dirección. Un principio autoritario—por decirlo así—que resuma de las necesidades imperiosas técnicas del trabajo y de la producción, existirá también en el régimen económico obrero, sin patronato y sin Estado, instaurado por los sindicatos. Existirá una sociedad nueva que no será el Estado, sino su opuesto, el régimen técnico y pedagógico de la actividad humana, el «Self-government» del trabajo, el gobierno de sí mismo.

Miguel FANTINZO.

La Huelga general de Italia

IMPORTANTE MANIFESTACIÓN DE FUERZA PROLETARIA

La extensa información telegráfica de la prensa burguesa, con motivo de la reciente huelga general en la península italiana, permite suponer que la vívida explosión proletaria de aquel país, ha sido verdaderamente imponente. La masa obrera, bajo el impulso de un profundo sentimiento de clase, y orientada por su organización sindical, ha respondido con una espontaneidad y presteza dignas de tenerse en cuenta a objeto de sacar de esa actividad las ricas y saludables enseñanzas que servirán para la acción futura de los clasistas, la función más aptos y más dispuesto a adoptar una actitud eminentemente revolucionaria contra el enemigo común: capitalismo y estado.

El proletariado italiano, que se ha levantado contra la guerra de Trípoli, por cuanto ésta reclamaba el tributo de su sangre y de su vida, y ha visto compensado su heroico esfuerzo por una fuerte represión gubernamental; ese mismo proletariado que actualmente sufre las consecuencias de aquella guerra que no había de servir más que a los intereses de banqueros, mientras él cargaba con la desocupación y la miseria más espantosa, derivada de un desastre económico general que gravita en un desastre exclusivo de la clase productora; ese mismo proletariado, que en protesta contra esa situación desastrosa, se ha visto masacrado en cien puntos de Italia,—en el breve espacio de tiempo transcurrido desde el levantamiento del pueblo italiano, que debía surgir, hacer explosión de su energía y de su odio contra el capitalismo y la autoridad, por medio de un acto cuya magnitud, la misma prensa burguesa, no duda siempre en desperdigar o atenuar la importancia de la acción obrera—no ha podido ocultar.

La huelga general de Italia, aun cuando a los criterios simples puede aparecer como el producto de los sucesos de Ancona, es por el contrario, el resultado natural de una proyección de hechos que se encadenan, acumulando en los pechos proletarios sentimientos que tarde o temprano habían de estallar, en forma ruidosa y violenta.

Nosotros, que en nuestro trabajo sindicalista, dedicamos igualmente nuestra observación y estudio al movimiento obrero internacional, esperamos de Italia proletaria un acto como el que acaba de realizar, el cual, para el mundo entero, significaría una obra del mundo entero.

A través de su prensa, cuya lectura hemos seguido con interés creciente, hemos visto la guerra de Trípoli, que domina al proletariado; la dura represión burguesa que ha seguido a todas sus agitaciones; la violenta reacción desencadenada a raíz de la campaña obrera contra la guerra colonial y de conquista, conjuntamente con la cual se acentúa y reviste con caracteres alarmantes, la miseria que la desocupación y el encarecimiento de la vida traen como premio al patriotismo del pueblo italiano.

Y declaramos que esperamos ese gesto vigoroso e imponente, porque en medio de la represión y malestar, una verdadera florecimiento de energía revolucionaria surge en el movimiento obrero de la península, al cual nuestros camaradas sindicalistas, no obstante la obra de descrédito que allí como aquí realizan nuestros adversarios de todo color, llevan principalmente, todo el contributo de sus fuerzas y entusiasmo. Y esa florecimiento de las fuerzas sindicalistas de la prensa y su vinculación se traduce en una inteligente y concentrada, constituyendo el proletariado revolucionario de Italia, hace apenas dos años, su órgano nacional y de coordinación, llamado «Unione Sindacale Italiana», que ha conseguido apenas con 50,000 adherentes, sobrepasa al año siguiente, en su segundo congreso, de los 100,000. Con el surgimiento de esta organización, se acentúa de una manera extraordinaria la desproporción, entre el proletariado de aquel país. La agitación y propaganda se extiende con vigor por todo el reino, y como es sabido, los soldados proletarios, dormidos por los toques del clarín sindicalista.

La «Unione Sindacale Italiana», que como decimos, sostiene una poderosísima campaña por el surgimiento revolucionario para librarse de la terrible situación en que lo tiene colgado la «monarquía conquista-

veraderos dueños de la situación, constituyen el agobio revolucionario, empujando la bandera roja de los sindicatos obreros, en su breve reinado de victoria, y como símbolo de lo que en un futuro no lejano han de afirmar completamente los trabajadores en abierta y franca rebelión contra el nuevo capitalismo, generador de todas las angustias proletarias.

Seguir en toda su extensión la copia información telegráfica, no es posible hacerlo en un breve espacio de nuestro periódico. Basta sólo decir, que de ella se desprende toda la magnitud alcanzada por esta huelga general—verdadera guerra civil en miles de hechos violentos, que parece, han producido una verdadera «debate» de todo el poder autoritario de la burguesía dominante.

¡Sublime y heroico esfuerzo revolucionario, ante el cual el mundo trabajador, anhelo de mejor vivir, se descubre respetuosamente y con toda admiración!

Algunas apreciaciones

Hemos dicho al principio de esta crónica, que la causa de la explosión impetuosa de este movimiento, no hay que buscarla sólo y únicamente en los sucesos de Ancona, los cuales se hallan rodeados de sucesos anteriores, que colmando la medida de la paciencia proletaria, habían de crear un estado de ánimo y de agitación obrera que determinara tarde o temprano un gesto de esta índole.

La huelga general, cuyo estallido encuentra como causa determinante inmediata, los sucesos de Ancona, al revelar el profundo malestar en que vive en esta hora agitada el proletariado italiano, pone de manifiesto también, la mentira de la prensa burguesa y nacionalista que atribuye al pueblo de la península, un fuerte espíritu patriótico y monárquico. Si tal cosa hubiera, la clase obrera, dada las circunstancias de los sucesos, el día de los grandes homenajes monárquicos y militaristas en que tuvieron lugar, lejos de haber estallado contra la monarquía y la patria, había encontrado justificada la actitud de las autoridades contra una manifestación, cuyo objeto principal era la defensa de la leyenda de gloria y grandeza de las instituciones a las cuales conmemoraba el nacionalismo monárquico.

El alma de la clase obrera vibró bajo el impulso de sentimientos propios de la clase, exteriorizándose en una ruidosa y fuerte manifestación de combate. Es claro que esta manifestación no hubiera tenido lugar, si la organización sindical, que en esta hora agitada esos sentimientos con su acción y su fuerza, no existiera.

La huelga general ha estallado primeramente, en seguida de los hechos, en las explotaciones y localidades donde la organización existe. Luego, su magnitud, su impetuosidad, envolvió como es natural, a los trabajadores desorganizados. Pero su iniciación, lo repetimos, parte de las ciudades, según lo hace suponer la lista de poblaciones que publica a los dos días la prensa burguesa—y esto no puede ponerse en duda en aquellas donde, además de existir la organización, existe desarrollado un fuerte sentimiento de lucha.

Y lo que es digno de tenerse en cuenta por la enseñanza que ofrece a los movimientos locales, es que esta huelga general de Italia, lejos de ser un decreto de comité de las Uniones nacionales fue una sanción de los sindicatos, uniones locales o cámaras de trabajo de cada ciudad, libre y libre, reflejando un sentimiento colectivo que por igual hacía explosión en todas partes, paralizando el trabajo industrial agrícola y del transporte. Y ese estallido es el medio, bajo el dictado de los hechos que acciden el sentimiento de solidaridad proletaria, existente en toda clase obrera orgánicamente organizada. Esa expansión de sentimientos, en una localidad, comunes a la clase obrera de otras localidades, se plasman en una idealidad que la obra y la organización sindical desarrollan. Y reflejo de esta idealidad, en una localidad, se concreta en la acción autónoma de los trabajadores sindicalizados de una localidad, ligada por los lazos morales de la solidaridad con los de otras—bajo la presión inmediata de los hechos que la determinan.

«Esa acción—insistimos sobre este particular, para que tomen nota de nuestros juicios quienes nos leen en este país de todas las crasas ignorancias—no se habría producido—como lo demuestra la experiencia en todas partes—si los sentimientos de los trabajadores no habrían reflejado una situación material de hecho como lo representa la organización de clase, fecunda creadora de los sentimientos solidarios.

El trabajo en los talleres del Estado

El Arsenal de guerra

Los que se complacen en prestigiar la municipalización y nacionalización de los servicios, sustentan su tesis con la idea que tienen muy arraigada de que el Estado, por sus muchos sentidos mejor y más conveniente para el obrero, que no lo es el particular.

No discutiremos la veracidad del aserto, porque no creemos, de acuerdo con nuestra experiencia del momento, que tal afirmación sea exacta. La realidad, por el contrario, parece ser otra; a lo menos en los talleres del Estado donde en la actualidad se ocupan obreros.

El Arsenal de Guerra es uno de ellos; tal vez el más conocido por las iniquidades de todo orden que en él se han cometido siempre, no decimos violando la ley, y los reglamentos, sino los más elementales principios de equidad y de justicia social.

Todos lo saben: es un régimen militar aplicado a obreros en una forma tan odiosa

